

Título: EL CRIMEN DE MALLADAS, POR VUESTRA BOCA MUERTA

Autor: Luis Roso

Edita: Alrevés Editorial

Antes de recomendar la lectura de esta obra, quiero recomendar la asistencia a la presentación de la misma, allá donde quiera que esta se produzca *-sospecho que recorrerá buena parte de nuestra geografía-* para escuchar directamente al autor. No podrás dejar de atender con todos los sentidos, a todas y cada una de sus palabras. Y con cada una de ellas, un arañazo punzante se estará clavando ya en tus entrañas. No, no estará presentando una novela negra o policiaca; no hay nada de ficción en este libro. Tampoco es una obra basada en hechos reales, en absoluto; *son* hechos reales. Son tan reales que cada línea se te clavará en la conciencia y en el alma como un agujijón, así que puedo entender mínimamente, lo que Luis, como vecino de Moraleja, *-lugar donde ocurrieron los hechos que se narran-*, debió sentir cuando tuvo conocimiento de ello, y lo que supuso para Luis Roso, *-como escritor-*, la minuciosa investigación en la que se embarcó durante algunos años, tratando de encontrar el hilo conductor de esta enredada madeja, en busca de la verdad.



Más de cien años han pasado desde que sucedieran los crímenes de Malladas, *-de una brutalidad tremebunda-*, y sus posteriores consecuencias, la condena de campesinos inocentes, que añadirían aún más dolor y penalidades a todas las personas involucradas en ello, en una época de miserias, privaciones y desigualdades sociales y económicas en la España de la primera mitad del siglo XX, cargada de tensas rivalidades políticas, de intereses bastardos y espurios, de enemistades manifiestas, en una pugna implacable por el poder, que iba y venía de unas manos a otras, provocando numerosas revueltas y enfrentamientos que habrían de confluír irremediabilmente en la guerra civil de 1936.

Un siglo es demasiado tiempo para atar tanto cabo suelto, tanto cabo perdido o dinamitado, tantas mentiras, tantas injusticias; y sin embargo, el autor logra conectar situaciones, circunstancias, decisiones y personajes que dan un poco más de luz a tanta ignominia.

Desde la honda pena que le supongo, al escribirlo para contárnoslo del modo más claro posible, *-cosa que consigue pese a la sórdida sombra empeñada desde el origen en ocultar la verdad-*, recorro de su mano la línea del tiempo, perfectamente trazada, comiéndome el libro a bocados; indignada, impotente y triste. Agradecida y admirada, sin embargo, de la valentía del autor al meterse en el lodazal y rescatar del olvido tanta infamia y vileza, porque los hechos nos pertenecen a todos, a partir de aquella aciaga madrugada del 15 de julio de 1915, por formar parte del común de los mortales, la lucha en pro de la justicia y la solidaridad, pese a la relevancia de algunos oscuros personajes, *-ilustres para más señas-*, que pudieron estar implicados, en una España en decadencia. Y “pese a tanto abismo”, en palabras del autor.

P. D. En abril de 2023 decido conocer Malladas. El camino que hemos tomado es largo y polvoriento. Es domingo y la tarde está cayendo. Por fin, vislumbramos al fondo, bajo los últimos rayos de sol, una casona en ruinas que nos indica que hemos llegado a destino. Bajamos del coche de prisa, queremos verlo todo y queda poco tiempo para que oscurezca. Caminamos, sin embargo, muy despacio y en silencio, como queriendo no hacer ruido, para no despertar el descanso eterno de los que allí sufrieron. Lo que vemos, es un retrato borroso de lo que pudo ser, imaginamos extensos latifundios en manos de unos pocos nobles que explotaban no solo las tierras de labor, sino también a los jornaleros, yunteros y campesinos que las trabajaban; como también a la servidumbre o criados de los que se rodeaban para el servicio de las tareas domésticas.

La casa grande está cercada en su parte posterior por casitas humildes donde, con toda probabilidad, vivía la gente que poblaba la finca al servicio del Conde de Malladas. Es necesario hacer un gran esfuerzo retrospectivo y haber leído lo suficiente sobre la primera mitad del siglo pasado, para situar en el tiempo y en el espacio a las personas que lo habitaron y le dieron vida. Un paisaje eminentemente agrícola y rural, desde donde puedo oír a través de las grietas y el crujir de mis pisadas sobre los cascotes entre las ruinas, las risas amables de unos niños, para escuchar poco después, gritos ensordecedores, que me parten el alma.

¡Lo siento tanto!, pronuncian mis labios, y buscan mis ojos un poco de luz en el cielo. Solo encuentro oscuridad, ni luna ni estrellas. La noche ha caído. Debemos irnos.